tremenda... no obstante, no faltó entre el elemento artístico quién se atreviera á romper lanzas en favor de Pellicer.

La lucha por la vida, seguramente más que el desaliento, le movieron á dejar un tanto de lado la paleta y á dedicarse á la ilustración, poco floreciente todavía en España, poco estimada y menos retribuída. En 1870 se trasladó á Madrid, colaborando en la ilustración de varios periódicos festivos y trabajando muy especialmente para la *Ilustración Española y Americana*, de la cual debía ser más tarde director artístico. Como corresponsal de este periódico asistió á las campañas del Norte durante la guerra civil, en donde la fiebre artística le hizo sufrir toda suerte de penalidades y exponer la vida distintas veces; y descansó de las fatigas de la guerra carlista corriendo á Cartagena—foco de la insurrección cantonal — como corresponsal de *The Graphic* y *Le Monde illustré*.

Al estallar en 1877 la guerra turco-rusa pasó á Oriente, agregado al Estado Mayor ruso, en calidad de corresponsal de la *Ilustración Española y Americana*, y asombra recordar el inmenso caudal de dibujos que desde aquellas regiones remitía sin interrupción,—ligeros apuntes unos, disputados á las balas, y otros verdaderos cuadros, robados al hambre y al sueño.

Después de la guerra, la paz. Por un singular capricho, á su regreso á España confinóse á un pueblecillo de Aragón, en donde, casi ignorado de todo el mundo, permaneció un año. Fruto de este período eremítico fueron varios cuadros, entre los cuales recuerdo muy especialmente «Las quintas,» que le valió un verdadero triunfo cuando fué expuesto al público.

Solicitado por *L'Illustration* de París pasó á aquella capital en 1880, y de aquella fecha data, á mi juicio, la evolución culminante, la que fija la personalidad de Pellicer, ese Pellicer profundo en concebir, sabio en componer, maestro en dibujar; esa personalidad tan marcada y superior; esa estrella de primera magnitud en el cielo de la ilustración, no ya española sino universal.—Y creo que estas líneas pueden

ahorrarme mi juicio crítico que sobre el artista pensaba hacer más adelante.

Y es que hasta entonces Pellicer no había dado al dibujo todo lo que podía darle; avaro ó ciegamente enamorado de la Pintura, guardaba para ella lo mejor de su talento; acariciaba ideales, soñaba vastos planes, el cuadro *in mente* le absorbía por completo y parecía reservar sus fuerzas para el día de la consagración de su amor con la Pintura. Entonces se produjo en él un cambio, que no soy yo quién deplore ni mucho menos; como si la Pintura se le apareciese de repente como una coqueta llena de promesas que no ha de cumplir jamás, abrazó con toda su alma aquel amor desdeñado, el Dibujo, exclamando: «¿Y por qué dibujando no he de hacer Arte?»—Y lo hizo y muy de veras.

Díganlo sinó las ilustraciones de *El Nabab* de Daudet, que hizo por aquel entonces para la biblioteca Arte y Letras; algunas de las novelas de Walter Scott, que editaba Firmin Didot; el *Quijote*, la *Leyenda del Cid*, de Zorrilla, y en fin, toda aquella larga serie de dibujos que llevó á cabo durante los cuatro años que permaneció en París.

En 1884 volvió á su patria—que dicho sea de paso parecía apreciarle más desde que le miraba de lejos, fenómeno harto frecuente—y en ella fijó definitivamente su residencia con indecible satisfacción de sus amigos, que de entonces acá se han multiplicado maravillosamente. Durante estos últimos años ha ilustrado un número considerable de obras importantes, entre las que recuerdo algunos de los *Episodios nacionales*, de Pérez Galdós, las *Poesías completas* de Campoamor, las *Obras completas* del Duque de Rivas, etc.; ha dirigido algunos festejos públicos y tomó una parte bastante activa en ciertas manifestaciones artísticas de la Exposición de Barcelona en 1888.

Hace dos años, al crear el Municipio barcelonés el Museo de reproducciones artísticas, fué nombrado presidente con el beneplácito de todos los inteligentes, que fundaron en este nombramiento grandes esperanzas, que empiezan á verse realizadas; en las fiestas que para solemnizar el cuarto cen-

tenario del descubrimiento de América prepara Barcelona, tendremos ocasión, de fijo, de oir más de una vez su nombre y de aplaudirle.

Voy á terminar este esbozo escrito á vuela pluma, citando algunas de sus obras más notables. Entre sus cuadros es preciso hacer especial mención de «La Ronda,» «Llegada á Dizful del vicecónsul de España, Rivadeneyra,» «*Nostre pa de cada día*,» «El tiempo,» «Las quintas,» «Una calle de París,» «Entierro de un pobre,» las pinturas decorativas del Asilo Durán, en Barcelona, etc.

De las obras por él ilustradas ocupan puesto preferente, además de las citadas al paso, *Marcos de Obregón*, *Marta y María* y *Bocetos californianos*, etc.

Tanto por sus cuadros como por sus dibujos ha obtenido recompensas en varias Exposiciones de Barcelona, Madrid, París y Viena.

Muy gustoso me detendría en el estudio de tan interesante personalidad artística si lo permitiera la índole de este libro, pero baste esta ligera reseña biográfica para satisfacer la curiosidad de los lectores del ALMANAQUE SUD-AMERICANO, en cuyas páginas han podido saborear, de algunos años acá, escasas, pero magistrales composiciones, del que es sin disputa el primer dibujante español.

APELES MESTRES.

Barcelona, Septiembre 1892.

EPIGRAMA

Sintiéndose el pobre Pepe
con un dolor de barriga,
dijo á su sirviente Hormiga:
—Que venga el doctor Julepe.
Oyendo la orden Ramón
gritó al criado con presura:
—Mira, y también trae al cura
que le eche la extremaunción.

WASHINGTON P. BERMÚDEZ.

EN EL ÁLBUM

DE LA SEÑORITA

MARÍA ANGÉLICA SÁNCHEZ



LA vida es amplio valle donde brilla
cuanto tiene de hermoso la creación;
crece al pie del ombú la flor sencilla,
canta el río las iras del ciclón.

Salta el arroyo sobre arenas de oro
entre orillas de perlas y coral,
y rompe de las náyades el coro
preludiando el concierto matinal.

Gime la brisa endechas de ternura;
cruzan las aves el espacio azul;
desgarrado en jirones en la altura
tienden las nubes su rosado tul.

De sus profundos senos los diamantes
la misteriosa gruta hace surgir,
y en collar de esmeraldas rutilantes
enrosca sus escamas el reptil.

Zumba la abeja y la calandria canta
y arrulla la paloma en el sauzal
y hasta las ondas del cenit levanta
su regio vuelo el águila caudal.

A los efluvios del ardiente estío
tiemblan las ramas del lapacho en flor,
y se desprende sobre el bosque umbrío
del áureo polen el vital calor.

El céfiro cargado de armonías
vierte esencias de nardo y de jazmín,
ecos de desmayadas alegrías
flotan de Margarita en el jardín.

Brota del mar sobre el zafir cercano
de la isla de Calipso el esplendor;
la góndola, en paisaje veneciano,
surca el sereno lago del amor.

—

La selva, el río, el valle y la montaña
los átomos del éter en la luz,
el leñador que canta en su cabaña
y el gaucho payador bajo el ombú.

—

Todo sonríe, todo resplandece,
todo habla de esperanza ó de placer;
cuanto á la vista en derredor se ofrece
es brillo, es transparencia, es rosicler.

—

¿Qué falta, pues, á la existencia humana
rica en fuerza, en belleza y en salud,
si á todo presta en la primer mañana
su mágico cristal la juventud?

—

Mas cuando el tiempo con sus raudas alas
nuestro campo atraviesa sin piedad,
de la ilusión las fulgurantes galas
¿quién halla en la serena realidad?

—

¡Ah! si no todo muere año tras año;
¡ah! si no hay una mancha en todo sol,
ni en todo juramento va un engaño,
ni es toda faz humana un tornasol!

—

¡Ah! si no todo es farsa ni mentira,
si no es mera ficción la probidad,
ni un ensueño el ideal que al genio inspira
ni vanidad la gloria... y vanidad!

—

¡Cuánta distancia, sin embargo, cuánta,
media de una impresión á otra impresión!
¡Ah! ¡cómo el cielo que á una edad encanta
vuelve á otra edad sombría su visión!

—

Hay lágrimas á veces en la risa
y en la más pura dicha inquieto afán;
el rumor y el aroma de la brisa
huyen en el fragor del huracán.

—

¡Oh! bella joven que mi pobre incienso
has querido también para tu altar,

bien sé que de la vida el valle extenso
todas sus flores te abrirá al pasar.

—

Aureola el sol ofrecerá á tu frente
y á tus ojos su fuego abrasador,
en tanto que á tu oído blandamente
hablarán los reclamos del amor.

—

¿Qué mucho, pues, si tu alma generosa
pide en la tierra el paraíso hallar?
Y ¿cómo, entonces, al dolor ¡oh hermosa!
podrás tu älba frente doblegar?

—

¿Pero el edén, el bien sin amargura,
quién en la tierra lo ha encontrado? ¿quién?
Es la luz sin la sombra, ó sombra pura
de otra existencia que dará el edén.

—

¡Ah! las ficciones del orgullo humano
aparta de tu ardiente juventud;
buscar dicha perfecta es sueño vano
el mundo es sólo mundo... y la virtud!

José Sienra y Carranza.

Montevideo.

CONFITEOR

—Me acuso de adorarla, señor cura,
pero con tal pasión, de tal manera,
que me absorbe su amor el alma entera
y es á un tiempo placer y desventura.

Ora tengo mi dicha por segura,
ora llego á dudar de que me quiera,
y la esfinge tenaz me desespera
y más le quiero cuanto más me apura.

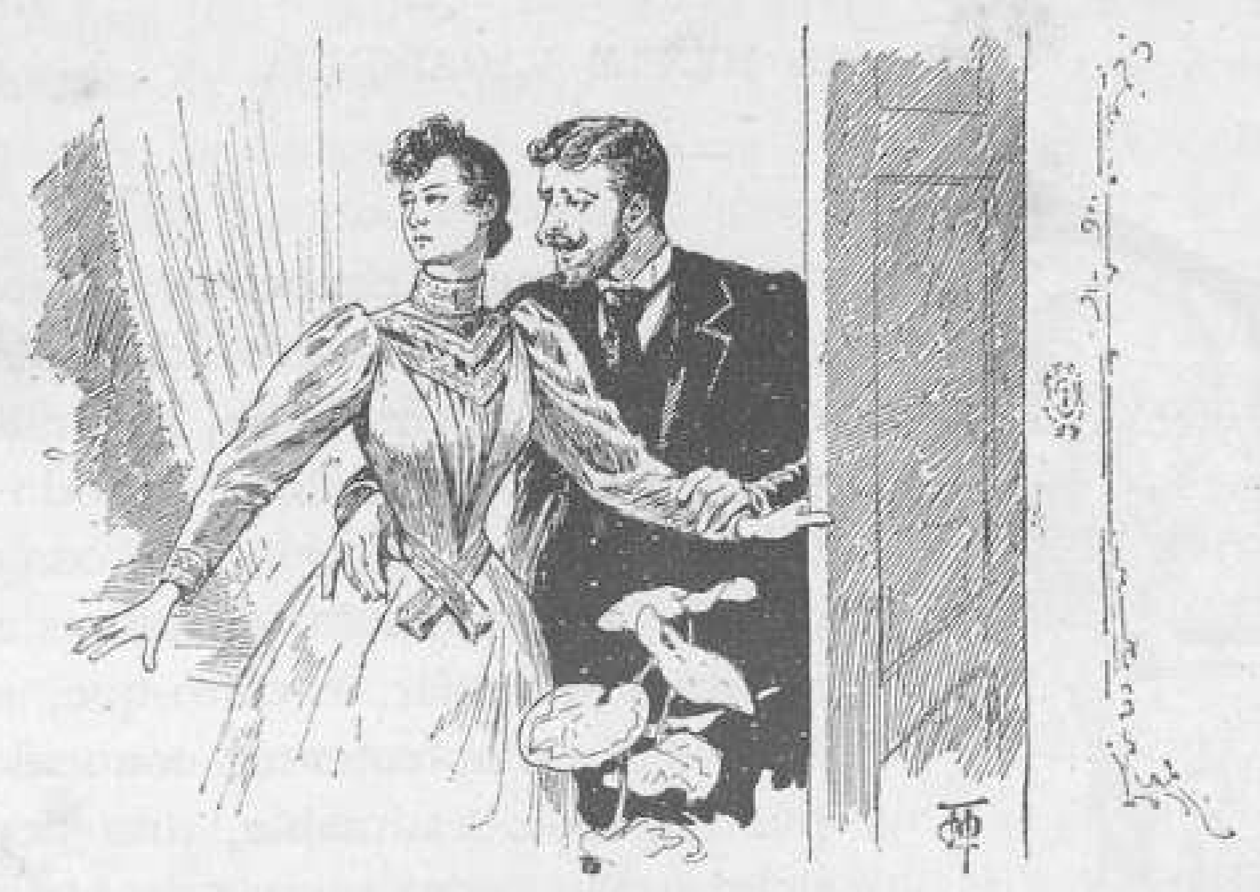
Loco tras mi ilusión, desorientado,
la espuela de mi afán llevo conmigo...
¡No imponga penitencia á un desgraciado

ni acreciente mi culpa lo que digo,
que si este amor terrible es un pecado,
en el mismo pecado está el castigo!

Sinesio Delgado.

1892

EL MATRIMONIO EN EL SIGLO QUE VIENE



—Alguien se acerca... si es Mario,
¡todo, todo se ha perdido!
¡por Dios, esposo querido,
escóndete en el armario!

CREPÚSCULO

En el cielo azulado se amontonan,
como limpios vellones, blancas nubes,
los últimos reflejos de la tarde
las incendian con llamas de arrebol.

Por momentos se apagan los celajes,
sus colores se enfrían y se espuman,
y las nubes, como almas sin amores,
pierden la vida con perder el sol.

Las sombras en el bosque se recuestan,
el viento silencioso se apacigua,
los árboles dormitan sosegados,
la rana ensaya su áspera canción.

Con la noche aparecen mil estrellas
que iluminan fantástico paisaje;
ladra el perro á lo lejos, todo duerme:
de recuerdos se llena el corazón.

GUILLERMO PUELMA TUPPER.

Buenos Aires, 1892.

CALAVERADAS

DE UNA MENTE VAGABUNDA



ULANO es muy conocido, se oye á cada rato, con lo cual se da á entender implícitamente que se trata de una persona estimable en todo sentido. No ser conocido, es como no existir. Continuando el hilo de ese raciocinio popular, es claro que, si un individuo simplemente conocido es por eso sólo estimable, uno popular debe serlo con mayor razón. En efecto, veamos qué es la popularidad. No es sino el conocimiento que, de una persona y de sus actos, tiene una mayor ó menor masa de individuos. La popularidad no es de ninguna manera un signo característico del mérito, porque hay también criminales populares, como verbigracia, entre nosotros, Carlo Lanza, de estafadora memoria, y atorrantes que gozan de notoriedad pública, como el desgraciado Grajera y el loco Candelario. Las personas que por su posición ú oficio producen actos que estén al alcance del mayor número, tienen más probabilidades de llegar á ser populares, que los que, por la naturaleza de sus producciones, se sustraen al conocimiento de las grandes masas. Los hombres políticos alcanzan más rápidamente la popularidad que nadie. Cuando sus nombres empiezan á figurar en las paredes de ciertos sitios reservados acompañados de interjecciones obscenas, pueden decir con legítimo orgullo que son populares. Los artistas y los literatos conquistan la popularidad más fácilmente que los hombres de ciencia. Entre los artistas son los más favorecidos los músicos, y entre éstos los autores de opereta más que los compositores

de sinfonías. Los escultores que pueden exhibir sus obras en las plazas públicas adquieren más pronto cierta notoriedad pública que los pintores, que tienen sus obras colgadas en las paredes de las casas particulares. Entre los literatos sucede otro tanto; los autores de novelas son más conocidos que los tratadistas de asuntos filosóficos, por la muy sencilla razón de ser enormemente superior el número de personas que pueden leer novelas al de las que, por sus luces y educación, se hallan en aptitud de hallar gusto y poder comprender un ensayo filosófico. Si Chateaubriand es popular, lo es sólo por el zoquete de carne asada sobre la plancha que lleva su nombre, y de ningún modo por su *Genio del cristianismo*. El noventa y nueve por ciento de los que comen de vez en cuando un *chateaubriand* no tiene la más remota sospecha de que exista tal obra, lo cual no quita que el pomposamente apellidado pedazo de carne les guste tanto ó más como si la conocieran. Entre los hombres de ciencia los que más fácilmente alcanzan popularidad figuran en primera línea los médicos, y en última los astrónomos y matemáticos.

Si el inmortal Newton hubiese inventado en sus ratos de ocio algún *sandwich* especial, ó un *bitter* propio para combatir las majaderías de la dispepsia, no serían sólo los estudiantes de matemáticas los que le conocerían, sino también todo aquel grueso público que come chateaubriand. El sin rival Bessel, el más grande astrónomo de todos los tiempos, es sólo conocido de los hombres de su oficio, mientras que Flammarion es popular. ¿Es esto una prueba de que Flammarion vale más como astrónomo que Bessel? De ninguna manera; porque entre éste y aquél hay en lo científico poco más ó menos la misma distancia que existe en lo social entre un diplomático y un bostero municipal de la calle Florida. La popularidad la debe Flammarion sólo al hecho de que, lo que él produce, está al alcance de todo el mundo, mientras que los clásicos trabajos de Bessel sólo puede juzgarlos quien ha estudiado cálculo infinitesimal, y éstos son pocos.

¿La popularidad es un bien ó un mal? Depende evidentemente del caso en que se halla el individuo de cuya popula-

ridad se trata. ¡Cuánto no hacen los industriales y los comerciantes para hacerse populares, con el único y exclusivo objeto de aumentar la venta de sus productos! A un fabricante de píldoras purgantes como Holloway, le hace gran cuenta la popularidad, pero maldita la gracia que ésta le hacía á Polignac. Cuando se condujo á los cinco ministros de Carlos X á su prisión de Ham, habíase reunido en los alrededores de Compiègne una enorme masa de gente del pueblo que gritaba desaforadamente:—¡Que mueran los ministros! ¡Polignac al agua! La escolta militar de los ministros pudo apenas impedir que tales deseos se realizasen. El ministro Cantelauze, al oir esta gritería, dijo entonces al príncipe de Polignac:—¡Parece que es usted, de todos nosotros, el más popular!

***

Muchos son sólo grandes, porque los que los admiran son pequeños.

***

Honrado es hoy todo aquel que, por sus acciones juzgadas á través del código penal, no puede ser encerrado en una penitenciaría.

***

El escepticismo en lo religioso es un inofensivo corolario de las tendencias materialistas que profesan las ciencias modernas. El escepticismo en lo moral es el gran cáncer de la época, porque es el padre de la esterilidad intelectual, de ese anhelo de goces sensuales nunca satisfecho, y á la vez de aquel *mínimum* de honradez que impone el código penal.

***

La diferencia principal que existe entre el sabio y el ignorante es ésta: el sabio sabe que ignora mucho, mientras que el ignorante ignora que no sabe nada; por eso sin duda el primero suele ser modesto y tolerante, al paso que el segundo es petulante y se muestra satisfecho de su nulidad.

***

El ignorante que ve las cosas á través de su bien explicable petulancia lo halla todo mediocre y vulgar; el tonto no sale de su asombro, porque lo encuentra todo admirable; sólo la

persona culta sabe ser indulgente con lo mediocre é inferior, y justa con lo bueno y superior.

*
* *

Las mujeres se ríen la mayor parte de las veces por coquetería; los hombres por vanidad. Aquéllas sienten la necesidad de exhibir su bonita dentadura, si es que la tienen, para lo cual están obligadas á reirse mucho, aun sin motivo; éstos quieren pasar por espirituales, y por lo mismo se esfuerzan en borrar con la risa la vulgaridad de sus fisonomías. La risa jovial, sonora, bonachona, de boca grandemente abierta, que da expansión á la alegría, empieza á escasear tanto como la sinceridad, y como ésta, no se encuentra ya sino entre la gente de costumbres sencillas y de corazón sano.

*
* *

Entre las cosas más ridículas que yo he observado en la tonta y aburrida comedia humana, figura sin duda en primera línea el inglés excesivamente á la moda. Con el pantalón doblado en las puntas, aun cuando en las calles remolineen nubes de polvo, para que se vea bien la grande, fea é innoble pata, armado de una guaranga macana, hace todo lo humanamente posible para dar á su exterior la rigidez y la insensibilidad del palo. ¡Qué *ponito!* ¿no es verdad? Pero el colmo de lo ridículo, como si dijera, la apoteosis de la zoncera, es indudablemente el criollo cerdudo y achinado que, por pura macaquería, se injerta á sí mismo en un inglés tan estrafalario como el anteriormente esbozado.

*
* *

Yo no suelo juzgar á los oradores después de haberlos oído sino después de haberlos leído, porque el noventa y nueve por ciento de los discursos, una vez despojados del aparato teatral que les rodea al ser pronunciados, no valen la tinta de imprenta que se gasta en su publicación. La figura del orador, su voz, su gesto, la mayor ó menor fluidez en la emisión de la palabra, el público, el recinto, todo eso obra sobre el juicio frío del oyente á manera de finta de escamoteo destinada á distraer la atención del auditorio del cúmulo de vulgaridades y sandeces que *oracula* el protagonista. He

observado que mientras más bajo es el nivel de cultura de un público dado, tanto más gusta éste de los discursos, sobre todo de los que arrastran aun cuando no persuadan. El público quiere obedecer á su instinto animal que le impulsa á seguir tras del cencerro.

***

La misma gente que prefiere oir discursos á leerlos, da á la música vocal la preferencia sobre la instrumental. Es que esa gente no quiere oir música, sino verla; quiere ver hasta dónde abre la boca el tenor ó la prima donna; quiere contar los dientes y saber si están todos, sin pensar que en esto se lleva un chasco, porque los que tienen que abrir la boca profesionalmente, buen cuidado ponen en llenar los huecos de sus encías con dientes postizos. Luego juzga ese público del mérito del cantante por la fuerza de su voz y por sus prendas físicas é indumentarias. La música instrumental que habla al entendimiento del oyente en términos abstractos, sólo puede ser del gusto de un público muy civilizado, porque la elevación de lo concreto á lo abstracto no es dado más que á una inteligencia cultivada. El ignorante quiere música concretada á la acción. Los gestos, los visajes y la calva del *profesor* de bombo y de los demás *profesores* de la orquesta, no le indemnizan suficientemente del aburrimiento que le causa la música abstracta: lo natural es entonces que la deteste cordialmente.

F. LATZINA.





MARIQUITA

Á MI QUERIDO AMIGO, EL BRILLANTE ESCRITOR ESPAÑOL
DON MANUEL ALARES

A solas con su amante, Mariquita,
una joven muy rubia y muy bonita,
escuchaba anhelante
las palabras de amores
de su bello don Juan,—un gran tunante
que, ansioso de alcanzar dulces favores,
no vaciló un momento
en burlar la amistad de un hombre honrado
como León de Alvarado,
esposo de la rubia de mi cuento.
—¿Me quieres, amor mío?
el galán murmuraba,
en tanto que su brazo se enroscaba,
cual sierpe tentadora,
al talle de la linda pecadora.
—¿Que si te quiero, Luis? ella decía;
¡pues qué! olvido en tus brazos
de un esposo el cariño verdadero,
rotos ya del deber los fuertes lazos
que ató el destino fiero,
¡y aun preguntas, ingrato, si te quiero!
—¿Quién de tu amor dudó, dulce bien mío?

17

dijo él, todo gozoso;
¡si ya sé que me quieres
como quieren al hombre las mujeres
que, rendido y galante,
las venga del desvío del esposo
con las tiernas caricias del amante!
Porque es mucho desvío
el de León... al mirarte tan bonita,
¿cómo su corazón arder no siente
y no te come á besos, Mariquita?
sin duda debe estar... inapetente.
—Te engañas...
—¿Le defiendes? ¡me incomoda!...
—Más de una vez, con expresión vehemente...
—¿Te comió á besos?
—Sí.
—Probablemente
con el *pan de la boda*.
—¡Pobre León! ¡si supiera!...
pero nada sospecha, de seguro,
ni imagina siquiera
que, infiel, le engaño cuando amor le juro,
pues su ceguera es tanta
que, más que una virtud, me cree una santa.
—¿Y si descubre un día
tu culpable pasión y mi falsía?
—¡Bah! no temas que, fiero,
cuentas te pida, acero contra acero,
de tu traición aleve,
que á tanto, de seguro, no se atreve.
—¿De manera que León?...
—Es un cordero.
—¿Ni aun en su honor herido,
siente su sangre arder? ¡vaya un marido
digno del fin del siglo diez y nueve!
¿Y se cree feliz?
—Se cree amado
y bendice su hado,
que no es siempre el marido más dichoso
el que se erige en ídolo amoroso,
pues, viviendo contento y engañado,
suele ser más dichoso el *desdichado*.
—Pero... ¿nada recela?
—Nada el sueño le quita;
me adora, finjo amarle, no me cela,
y en el mundo, que poco le desvela,
no hay más gloria para él que Mariquita.

—Y en un rapto de cómica ternura
estrechará ¡de fijo! tu cintura
y hasta querrá que premies sus anhelos...
¡ah! ¡no sigas!... no aumentes mi tortura,
¡Mariquita, por Dios!... ¡que tengo celos!
—¿Celos de mi marido?
—¡Dí que no se ha atrevido
á poner en tu faz de rosa y nieve
un ósculo de amor, el fementido!
¡y aun creerá que es él el ofendido!
¡qué escándalo!... ¡en el siglo diez y nueve!
¡No me digas que no!... ¡quizá tus labios
le besaron también!...
—Tales agravios
mi amor, que es todo tuyo, no tolera.
—Jura que no es verdad...
—¡Calla, celoso!
¿yo besar á León? ¡locura fuera!
sin duda has olvidado que es mi esposo.
—¿Te enoja mi sospecha, prenda amada?
—¡Quita, ingrato!... me enfada
que hables de mi cariño en son de mofa;
sólo por tí mi corazón palpita.
—Pues perdona... y volvamos, Mariquita,
de nuestro idilio á la primera estrofa.

II

No había aún el idilio terminado,
cuando, amante, quizás, y descuidado,
entró en el aposento
el bueno de Alvarado,
esposo de la rubia de mi cuento.
Y al mirar á la infiel, no sin sonrojos,
presa en la red de infames seducciones,
dió dos pasos atrás, abrió los ojos
y se quedó como el que ve visiones.
Sin mostrarse inmutada
Mariquita, delante
de aquella aparición inesperada,
se soltó de los brazos de su amante
y lanzó una sonora carcajada.
—Acércate á nosotros... ¿qué te arredra,
que estás ahí convertido
en estatua de piedra?
dijo en tono de burla á su marido.
—¡Cómo! exclamó León, la que, traidora,

en brazos de un galán se precipita,
y me ofende y desdora,
¿de mi perplejidad la causa ignora?
¡no niegues que me engañas, Mariquita!
—Pues bien... ¡sí! lo confieso: *te he engañado...*
y haces mal en mostrar tan necio enfado.
—¡Oh mujer desleal!... ¡ya en ira monto!
—Oye...
—¡Aparta!
—¡Por Dios! no te impacientes.
—¡Me engaña y aun se ríe!...
—¡Calla, tonto!
¿no ves que hoy es el día de Inocentes?

CASIMIRO PRIETO.



EN EL CEMENTERIO

Era una muerta ideal;
por su cara angelical
obtuvo gratis el nicho;
los de la Sacramental
la enterraron de capricho.

—

Tan flaca estaba Teresa
cuando estudiaba en Loreto,
que hoy han abierto su huesa,
la estoy viendo en esqueleto
y me parece más gruesa.

J. FERNÁNDEZ BREMÓN.



PRIMAVERAL

Hacía mucho tiempo que vivía alejada del mundo, consumiendo su hermosura en el retiro del hogar, entre las cuatro paredes de su habitación, como una flor de primavera, que necesitando aire y luz, agoniza lentamente entre los cristales de un invernáculo.

Una pasión contrariada, uno de aquellos desengaños tan crueles é inesperados, la había reducido á tan triste situación, en la temprana época de la vida, cuando todo se mira á través de un prisma azul, cuando el mundo parece noble y bueno, y la senda á recorrer una alfombra de flores.

En vano sus padres, que la adoraban, hacían cuanto es

imaginable en los grandes cariños del espíritu, para cicatrizar la honda herida del sentimiento; en vano sus amigas más íntimas y consecuentes, aquellas que la llevaban palabras de consuelo en su retraída soledad, le recordaban los encantos de la vida social, los placeres del mundo que un día conoció de cerca. Triste como un dolor sin esperanzas, apenas si algo como rayos de luz de luna brillaban un momento en sus ojos intensamente azules y profundamente melancólicos.

Dentro de su blanca veste, cuando á través de los cristales de su ventana contemplaba en las grises tardes de Otoño las hojas que se desprendían de los árboles del jardín, parecía un cadáver envuelto en su mortaja. Hacía ya mucho tiempo que alentaba en espíritu; que su corazón, falto de savia, estaba seco como las hojas barridas por los cierzos precursores de la estación del hielo.

Pocos amigos frecuentaban la casa, y raros, muy raros eran los que lograban verla. Entre ellos, uno solo tenía el mágico poder de hacerse escuchar sin fastidio, rompiendo su mutismo de hielo, su indiferencia de estatua humana.

Desde muy niños se habían conocido, crecieron juntos, armonizando en ideales, confraternizando en sentimientos. Él partió para climas lejanos á completar su educación, á seguir una carrera, en esa edad término medio entre la infancia y la adolescencia, cuando una separación no es desesperante, cuando el amor es una nebulosa en los horizontes del sentimiento.

Volvió joven, con una carrera terminada, encontrándose de pronto con un porvenir hermoso ante sus ojos, dueño de un inmenso caudal, y de un corazón siempre abierto á las más nobles aspiraciones. Supo entonces la pena de su amiga de la infancia, de su amiga de los primeros años de la vida; la encontró bella como una virgen dolorosa; y dejándose llevar de sus impulsos, sin remover las cenizas de un pasado reciente, por generosidad y por nobleza pensó que era digna de un futuro envidiable y no de la triste vida anémica de los organismos enfermos.

Desde entonces, procuró endulzar su existencia con todas

las ternezas, con todos los halagos de su espíritu superior. Y aquella planta anémica, falta de luz y de aire, que se consumía como una flor primaveral entre las cuatro paredes de su habitación, empezó á reanimarse al calor del cariño. Sangre de otra vida circuló por sus venas, y un soplo generoso de nueva juventud oreó su frente pálida como el lirio de los valles.

Otro amor más grande, más imperecedero, nacía en aquella alma velada por las sombras de las tristezas infinitas. Es que su corazón no había muerto aún, había sólo dormido un sueño cataléptico, y despertaba lentamente, tras larga noche de insensibilidad, para renacer á la vida del sentimiento, como renacen las flores, que necesitando aire y luz, agonizan lentamente entre los cristales de un invernáculo, de donde son sacadas á tiempo para que no se mueran de tristeza.

RICARDO SÁNCHEZ.

Montevideo.

DOS LIRAS HERMANAS

Á LA SEÑORA DOÑA LASTENIA LARRIVA DE LLONA
Y Á SU ESPOSO DON NUMA P. LLONA

La nube que subió de la llanura
busca otra nube en la azulada esfera,
y, juntas, dan su lluvia á la pradera
ávida de humedad y de frescura.

Busca en el corazón de la espesura
la avecilla á su dulce compañera,
y conciertan en cántiga hechicera,
himno de bendición y de ventura.

Júntanse así dos tiernos corazones
y en éxtasis de amor y poësía
exprimen sus comunes emociones;

y unen su canto cual plegaria pía
que al cielo sube en cadenciosos sones
y al mundo baja en ondas de armonía.

ENRIQUE ALVAREZ.

Bogotá.

ASTRONOMÍA

No hay duda que se podría
daros, sin ningún trabajo,
con las cosas de aquí abajo
un curso de astronomía.
Y en prueba de mi aserción,
que mantengo seriamente,
se convencerá la gente,
si es que me presta atención:
Decimos, si nos depara
la suerte gloria ó desvelos,
que de nuestra vida el cielo
ó se oscurece ó se aclara.
Si nos mima la fortuna,
entre un elogio brillante,
nos colocan al instante
en los *cuernos de la luna;*
mas si nos ha abandonado
la suerte ¡se ha concluído!
nuestro nombre se ha perdido,
nuestra *estrella se ha eclipsado.*
Si veis un rostro hechicero,
con amoroso interés
á la niña decís que es
hermosa como un *lucero;*
aunque á veces la conquista
es, entre graves querellas,
igual á algunas estrellas
porque se *pierde de vista.*
¿No hay muchachas incitantes
que se suelen escapar
con alguien, por imitar
á las *estrellas errantes?*
¿No hay hombres que el arrebol
de un inmaculado nombre
enlodan para que el hombre
tenga *manchas* como el *sol?*
Aunque en esto considero
que le debemos vencer,
porque no debe de haber
en el sol ni un tintorero.
Si dama de alto coturno

luce sus joyas ¡muy mal!
y allá en el cielo hace igual
con sus *anillos Saturno*,
quien con su lujoso tren
da á los demás astros celos
y enseña que hay en los cielos
aristocracia también.
En su ambicioso deseo,
hay hombre que con firmeza,
lucha por hallar riqueza
y al fin llega á su *apogeo;*
sube y medra más y más
y si vence su tesón
le sigue una procesión
de *satélites* detrás.
Todo á sus ansias inmola,
nada sus pasos detiene,
aunque su negocio tiene,
como los *cometas cola;*
y al fin se hunde en el abismo
entre desgracias sin cuento,
igual que en el firmamento
cuando ocurre un cataclismo.
Con el cielo muchos puntos
de contacto se hallarán:
¿Mercurio y Venus no están,
igual que allí, casi juntos?
¿No hay suegra que causa horror
que con sus yernos en guerra
viene á ser en nuestra Tierra
igual á la *Osa Mayor?*
¿No ha encontrado alguno modo
de que haya allí como aquí
soles falsos? ¡vaya! ¡sí!
y en el Perú sobre todo.
En la extensión soberana
del cielo un Marte tenemos,
y aquí á cientos poseemos
los martes... de la semana.
Y en fin, para conclusión,
un caso os voy á contar
que del Mundo ha de mostrar
y el cielo la conexión.
Yo era el amante rendido
de una niña que me amaba,
la que Estrella se llamaba,
y me costaba un sentido.

Cierta noche en compañía
de ella, el cielo contemplando
á una estrella señalando
—¡Es tu estrella!—me decía.
Mirando al cielo, anhelante,
caí, un brazo me rompí,
y Estrella se fué ¡ay de mí!
en los brazos de otro amante.
Yo al recordar de la bella
la vil traición la maldije,
y ¡claro! al instante dije:
—¡¡Maldita sea mi estrella!!

Luis García.

Buenos-Aires 30 Abril de 1892.



SOMBRAS CHINESCAS



OBRA ORIGINAL

DE

CASIMIRO PRIETO Y VALDÉS

CON UN PRÓLOGO

DEL EMINENTE LITERATO ARGENTINO

DON RAFAEL OBLIGADO

ILUSTRADA POR

APELES MESTRES

Esta obra que, tanto por sus condiciones literarias como por sus chispeantes ilustraciones, creemos ha de llamar poderosamente la atención de nuestros favorecedores, se publicará á mediados de este año.

PATENTE POR 10 AÑOS

AGUAS AZOADAS

BUENOS AIRES

Nuevo establecimiento central: Calle Corrientes, 639 y 641

PARÍS:	MADRID:
RUE ST. LAZARE, 94	VALVERDE, 36

Recomendada como la más nutritiva, estomacal y digestiva, tomada en vino, leche y sola. Muy refrescante con jarabe

Agua en Bebida

Inhalaciones

Pulverizaciones

En el establecimiento: Curación del asma y enfermedades del pecho, garganta y estómago; anemia, dispepsia, falta de digestión, flujos y desarreglos nerviosos de las señoras y en particular catarros tanto pulmonares como nasales, de la laringe y otros, aunque sean crónicos, y de las vías urinarias. Se cumplen con exactitud todas las prescripciones facultativas.

Consultorio Médico en el Establecimiento

TRATAMIENTO Á DOMICILIO

Reparto de sifones y botellas